

la ocupación austriaca, de que se estableciera el gobierno laico en los Estados de la Iglesia y se mejorase el gobierno en Nápoles. El plenipotenciario ruso, conde de Orloff, se excusó de tomar parte en esta discusión, porque no quería favorecer al Austria ni apoyar tampoco los ataques contra Nápoles, que durante la guerra había simpatizado completamente con la Rusia. El conde de Buol trató de interrumpir la discusión rechazando la cuestión en términos perentorios; pero después de haber usado de la palabra Cavour y de haber pintado con los colores más negros la situación del todo insostenible que reinaba en Italia, tomaron los debates mayor extensión y se hicieron no solo muy vivos, sino extraordinariamente acris; y aunque no constaron después en el acta de la sesión destinada a la publicidad, fue un hecho innegable que el Austria, con sus protegidos los príncipes italianos, había ocupado en aquella sesión ante el tribunal europeo el banquillo de los acusados, y que ninguna otra potencia había tomado su defensa. Esto hizo decir a Cavour: «Me han comprendido, aunque no haya sido escuchado (1).» En las conferencias confidenciales entre el emperador, Cavour y Clarendon, fue discutida como cosa precisa la guerra contra el Austria. Esto por supuesto debía quedar secreto; pero fue una gran satisfacción para Cavour que el ministro inglés le declarase sin reserva que si las complicaciones entre Austria e Italia llegasen a ser graves, el Piemonte podía contar con la Inglaterra, la cual con toda energía acudiría a su auxilio. Napoleón se expresó con más circunspección y reserva, diciendo que todavía se podría inducir al Austria a tomar una actitud más benévola; pero Cavour comprendió que en caso de sucesos graves no faltaría al Piemonte el auxilio de Francia (2).

Por de pronto se contentó Cavour con pedir en dos notas que en 16 de abril de 1856 dirigió a Clarendon y a Walewski, una administración separada para las provincias del Papa al Este de los Apeninos, para cuyo gobierno se nombraría un lugarteniente laico inamovible. Al mismo tiempo en estas notas demostró la necesidad de limitar el poder austriaco en Italia, porque si llegara el imperio de Austria a extender su influencia sobre el Piemonte, tendría realizada la conquista de la península y seguro el predominio sobre todo el Occidente, lo cual nunca podrían consentir la Francia ni la Inglaterra. El Piemonte decía Cavour en sus dos notas que era el vengador de Italia, que garantizaba el orden y la paz de Europa.

Antes de regresar a Turin hizo Cavour un viaje a Inglaterra, donde se convenció de que allí predominaba la tendencia pacífica, lo cual enfrió notablemente su confianza en las promesas de Clarendon, y en proporción ganó en su concepto mayor importancia el auxilio de la Francia, siendo probable que a su regreso a París se mostrara en sus conferencias con el emperador dispuesto a ceder la Saboya y Niza si la Francia le facilitaba la conquista de las provincias italianas del Austria. El hecho es que algunos meses después se publicó un folleto que recomendaba tal solución, evidentemente para acostumbrar al público a esta idea. En la mente de Napoleón luchaban probablemente todavía diferentes planes. Pensaba retirar sus tropas de Roma para obligar al Austria a desocupar también los territorios que no eran suyos; quiso admitir un vicario laico en las Marcas y en las Legaciones, y hasta hubiera aceptado como vicario de estas provincias al mismo rey del Piemonte. Al mismo tiempo habría deseado volver a entronizar en Nápoles a los Murat, y

(1) Senior: *Conversations*, tomo II, pág. 78.

(2) Véase la obra alemana de Reuchlin: *Historia de Italia*, tomo III, pág. 254.

por otra parte le gustó que el Austria adoptara disposiciones más benévolas y solicitara con mucho empeño su favor.

En esta situación Cavour no pudo hacer más que insistir ante la Europa en la incompatibilidad de la política piemontesa con la austriaca, demostrando la imposibilidad absoluta de una inteligencia entre los dos gobiernos. Igual demostración hizo particularmente el 6 de mayo de 1856 en los debates del parlamento piemontés al tratarse del congreso de París, en los cuales aseguró que los principios del gobierno austriaco y del piemontés eran irreconciliables, y que él nunca aconsejaría al rey que modificara su sistema para evitar los peligros de esta incompatibilidad. Este discurso produjo a Cavour en la cámara y en toda la Italia grandes aplausos. No le agradó menos la contestación que dió Buol al discurso, en la nota que dirigió el 18 de mayo a las embajadas austriacas en Italia y que hizo publicar algunas semanas después por la prensa. En ella hablaba en términos violentos de los «discursos incendiarios» del parlamento de Turin, rechazando en són de mofa la censura que pretendía ejercer el gobierno del Piemonte sobre las reformas de otros príncipes soberanos, manifestando que el emperador en adelante, como por lo pasado, haría uso de su derecho de intervención, y asegurando que el gobierno austriaco esperaba a pie firme los sucesos y estaba convencido de que los gobiernos atacados por el conde de Cavour adoptarían igual actitud. Este lenguaje desvirtuó todo el efecto de las disposiciones adoptadas por el emperador de Austria a fin de calmar los ánimos exaltados, a pesar de que algunas de ellas no carecían de importancia. A fines del año 1856 el emperador quiso pasar con su esposa algunos meses en sus provincias italianas, lo cual significaba ya un giro diferente de su política. Por otra parte convocó las congregaciones centrales y reemplazó al gobernador militar, el viejo Radetzky, con el archiduque Maximiliano, de opiniones conocidamente liberales, concediéndole además el título de virey; levantó después el secuestro de los bienes de los emigrados, concedió una amnistía amplia el 25 de enero de 1857 y retiró las guarniciones austriacas de Parma y Módena. Nada de esto, sin embargo, hizo impresión en las poblaciones, cuya atención se dirigía cada vez más a los síntomas belicosos que llegaban a conocimiento del público, siendo uno de ellos la ruptura completa de las relaciones diplomáticas entre Viena y Turin en marzo de 1857. Ocurrió esta ruptura a consecuencia de un cambio de notas violentas a que dió origen una demostración muy enérgica que hicieron algunos lombardos contra el gobierno austriaco, abriendo suscripciones a instancia de los condes Giulini y Dandolo para levantar un monumento honorífico al ejército piemontés y para adquirir 100 cañones destinados a la fortaleza de Alejandría. Los periódicos de Turin publicaron esta noticia justamente el mismo día en que el emperador Francisco José efectuaba su solemne entrada en Milan. Los papeles austriacos respondieron a esta manifestación en artículos apasionados, y los órganos de Cavour replicaron en los términos que pueden imaginarse. A esta guerra periodística siguió una guerra diplomática, en la cual se mantuvo Cavour impertérrito en su puesto frente de las amenazas austriacas. La actitud de Inglaterra no fue en esta ocasión tan benévola como hubiera sido de esperar, y aun se hizo muy cuestionable el apoyo de Napoleón, lo cual indujo a Cavour a mostrarse en París muy enérgico, declarando que en ningún caso cedería ni ante el peligro de una guerra, que estaba decidido a aceptar, añadiendo que si la Francia le abandonaba en esta ocasión, excitaría en el país un sentimiento tan amargo que muchas generaciones no serían capaces de borrar. Napoleón se mostró accesible a estas reflexiones, y en su consecuencia el go-

bierno piemontés dejó que las cosas llegaran al extremo de que el 23 de marzo partiera de Turin el embajador austriaco, el conde de Paar, y pidiera luego sus pasaportes el marqués de Cantono, representante de Víctor Manuel en Viena.

Estas divergencias y la situación en el reino de Nápoles permitían a los patriotas italianos alimentar esperanzas que iban muy lejos. La dureza y crueldad del rey Fernando prepararon allí, más que en ninguna otra parte de Italia, el terreno para empresas revolucionarias, y la actitud animosa y hasta insultante de aquel gobierno frente de los de Francia y de Inglaterra, hacía fácil un conflicto serio con estas potencias. La tirantez se había hecho tan peligrosa después de lo ocurrido en el congreso de París, que Inglaterra y Francia enviaron en el verano de 1856 algunos buques de guerra a las aguas napolitanas e invitaron al gobierno piemontés a tomar parte en esta demostración. Cavour de buena gana hubiera contribuido a producir un cambio de trono en Nápoles para hacer triunfar el partido nacional, y habría admitido, aunque contra su deseo, la entronización de un Murat si Napoleón hubiese adoptado seriamente este pensamiento, pues en aquel tiempo no esperaba Cavour todavía la supresión completa del reino de Nápoles ni la unión de toda la Italia en un solo reino. Habiéndose informado, sin embargo, de las intenciones de los gobiernos de Francia e Inglaterra, supo que estaban decididos a no tomar otras medidas más allá del envío de sus escuadras, y entonces prefirió Cavour no tomar parte en esta demostración ineficaz.

Cavour separó rotundamente la causa que defendía, y que era en su concepto la causa de Italia, de los atentados revolucionarios y criminales que en los meses inmediatos se pusieron por obra. En noviembre de 1856 el barón de Bentivegna inició un levantamiento en el Oeste de Sicilia que fue sofocado rápidamente, pero que tuvo imitaciones igualmente ineficaces en Girgenti. A principios de diciembre de 1856 un tal Milano cometió un atentado contra la vida del rey; ocho días después fue volado un almacén de pólvora en el puerto de guerra de Nápoles, y a principios de enero de 1857 se voló también en el mismo puerto la fragata de vapor *Carlo III*. Entonces rechazó Cavour enérgicamente en el parlamento toda simpatía hacia estos «hechos aislados de infelices fanáticos», refutando calurosamente la suposición de que el partido nacional apoyara atentados semejantes. Tan poca parte tuvo en todos los proyectos de sublevación de los partidarios de Mazzini, que éstos hasta efectuaron en el mismo Piemonte sus locos e ineficaces atentados, apoderándose por sorpresa a fines de junio de 1857 de dos fuertes de Génova que naturalmente perdieron a las pocas horas.

Por aquel mismo tiempo se habían embarcado algunos conspiradores en el vapor genovés *Cagliari*, que iba a Túnez, y en el camino obligaron al capitán a desembarcarlos cerca de Salerno, donde querían organizar una sublevación. Al hacer el desembarque fue apresado el *Cagliari* por buques de guerra napolitanos, siendo encarcelada la tripulación. Cavour reclamó en vano la libertad de los súbditos piemonteses y la restitución del buque, pues el rey de Nápoles se opuso; no atendió tampoco a la reclamación del gobierno inglés que pedía la libertad de dos maquinistas del vapor por ser súbditos británicos, y solo cedió en junio de 1858, después de largas negociaciones y de fuertes amenazas de Inglaterra.

Con los demás gobiernos italianos procuró Cavour mantener relaciones tolerables, y con gran disgusto de la izquierda, cuando lo pedían las circunstancias, se mostró atento al Papa. Su ideal era todavía entonces la formación de una confederación italiana con exclusión del Austria y con el engrandecimiento del Piemonte hasta ocupar todo el Norte de Italia. A este fin era menester lograr en los demás Estados un

cambio de gobierno, o a lo menos prepararlo para el momento en que estallara la guerra con Austria. Con este objeto tuvo la intención de hacer servir la Unión Nacional, que fue fundada en agosto de 1857 bajo la presidencia del lombardo Jorge Pallavicino, y cuyo agente más activo era el siciliano La-Farina. En el Piemonte esta sociedad pudo desplegar su bandera abiertamente, pero en los demás Estados italianos solo pudo ganar en secreto prosélitos influyentes. Los jefes de esta asociación se propusieron ir mucho más lejos que Cavour y fundar la unión de Italia bajo un solo soberano, esperando que Cavour se les uniera a su tiempo. El primer resultado importante que obtuvo la asociación fue hacer perder terreno al partido de Mazzini; y Garibaldi, que ya había reñido con Mazzini varias veces en 1848 y 1849, se encargó de la vice-presidencia de la asociación y le llevó gran número de partidarios. En Sicilia se disolvió completamente el comité mazzinista. Para Cavour fue muy importante este rechazo de los conspiradores republicanos, sin contar otras ventajas, porque con ello pudo demostrar a Napoleón, que siempre se veía amenazado por atentados de esta gente, que un Piemonte fuerte sería la mejor arma contra el partido de Mazzini. También fue muy del gusto del emperador que el resultado de las elecciones de Piemonte en el mes de noviembre de 1857 impulsara a Cavour algo más hacia la derecha, porque hubo un aumento del partido clerical que llegó a tener hasta sesenta individuos, mientras la izquierda, con los elementos indecisos, solo llegaba a la mitad; de modo que la mayoría ministerial, contando ciento quince individuos, continuó siendo muy respetable. La culpa de haber disminuido la mayoría ministerial fue atribuida generalmente a Rattazzi, del cual el mismo Cavour deseaba separarse, y le comunicó francamente su deseo a principios de 1858. Por lo mismo en 13 de enero, un día antes del atentado de Orsini, presentó Rattazzi su dimisión, que le fue aceptada. Entonces se encargó Cavour del ministerio del Interior y pasó la cartera de Hacienda a Lanza.

Durante este tiempo no había dado Napoleón ninguna muestra de su intento de auxiliar la causa de los italianos. Cavour no le instó y esperó sin impacientarse, aprovechando todas las ocasiones de mostrarse en la política general agradable a Napoleón, especialmente en las cuestiones que la paz de París no había resuelto, conforme ya hemos dicho en otra parte, si bien con esta conducta se puso a pesar suyo varias veces en conflicto con Inglaterra, que por lo general iba unida con Austria, mientras la Francia se unía con la Rusia. Tan visible era esta conformidad política, que en enero de 1858 se extendió la voz, que fue creída, de que Inglaterra garantizaba al Austria la posesión de sus provincias italianas y de que se había obligado a tomar parte activa para la conservación de estas provincias en caso de una alianza franco-piemontesa. Cavour, sin embargo, jamás dudó de que Inglaterra observaría en un conflicto entre el Austria y el Piemonte, una neutralidad benévola para este país. También se consoló en breve al frustrarse las grandes esperanzas que había fundado antes en las simpatías que le mostraba el gabinete de San Petersburgo; porque si bien no fueron efecto más que del deseo de molestar al Austria, no faltaron ocasiones a Cavour para prestar más de un buen servicio diplomático a los rusos, los cuales pronto dieron a las relaciones diplomáticas entre Rusia y el Piemonte mayor calor; y cuando en 1857 accedió el gobierno piemontés al establecimiento de una estación de carbón en el puerto de Villafranca para los buques de guerra rusos, el Austria tuvo más de un motivo de temor. No consiguió Cavour entablar relaciones algo más íntimas con el gobierno prusiano. Siempre había creído que el desenvolvimiento natural de Alemania había de ensanchar la distancia

entre Austria y Prusia; pero también sabía que en Berlín se odiaba la política sarda como revolucionaria, y que no se pensaba ni remotamente en hacer más íntimas las relaciones entre ambos países. No había duda, pues, para Cavour de que solo podía esperar auxilio activo de Francia.

En estas circunstancias efectuó Orsini su atentado y Cavour creyó entonces inevitable por consecuencia de aquel suceso el acrecentamiento del odio de Napoleón contra los italianos, si bien le tranquilizó algún tanto la manera benévola con que se expresó Napoleón al hablar con el general Rocca, que le presentó las felicitaciones de Víctor Manuel por haber salido ileso del atentado. Napoleón, no obstante, insistió en que el Piamonte se opusiese de todas las maneras posibles a las manifestaciones democráticas de la prensa y a los atentados criminales de los partidarios de Mazzini, diciendo que de lo contrario se le obligaría a echarse en brazos del Austria, en cuyo caso podía Cavour apoyarse solo en la Inglaterra, que se limitaría a lo más a enviar algunos buques a Génova o a Spezzia. Por lo demás, añadió que era el ensueño más bello de su vida y el deseo más ardiente de su corazón el realizar la independencia de Italia. El lenguaje de Walewski no fue tan tranquilizador, porque exigía la supresión, imposible según la ley, del periódico *Italia e Popolo*, que llamó «el *Monitor de los asesinos*», y no sin razón, conforme confesó el mismo Cavour (1). También quiso que el gobierno piomontés prohibiera a los refugiados políticos colaborar en los periódicos, y que se hicieran más severas las disposiciones relativas a los ultrajes a soberanos extranjeros. Tanto el rey como Cavour estaban decididos a satisfacer los deseos del emperador, aplicando las leyes con rigidez y proponiendo al parlamento leyes nuevas; pero no querían faltar a las leyes existentes, y Víctor Manuel escribió al general Rocca una carta dignísima con encargo de comunicarla al emperador (2), en la cual decía que había seguido siempre la senda del honor inmaculado, de lo cual solo se sentía responsable ante Dios y ante su pueblo; que desde ochocientos cincuenta años sus mayores habían llevado la cabeza erguida, y a él nadie podía obligar a bajarla; y que, sin embargo, deseaba ardientemente conservar la amistad de Napoleón. Este quedó muy satisfecho y dijo al general que hiciera el rey solo cuanto pudiese hacer buenamente y que no tomara a ofensa su petición (3). Cavour por su parte hizo denunciar por el fiscal el periódico citado, que fue absuelto según la ley vigente; pero con este motivo presentó el ministro al parlamento una ley que en adelante hiciera imposibles tales sentencias, teniendo en su favor al público de buen criterio. La izquierda le atacó por ello con violencia, pero le apoyó en cambio Rattazzi. La mayoría de la comisión encargada de dar dictamen sobre la ley, se expresó en sentido muy hostil contra el ministerio; pero Cavour recogió el guante y defendió la conducta del ministerio en un discurso brillantísimo que pronunció en la sesión del 16 de abril de 1858, diciendo que no había cedido indignamente a una presión extranjera; que si había cedido a una presión había sido la de su propia conciencia; que Italia no podía pasarse sin aliados ni debía enajenárselos con los excesos de su prensa. El resultado fue, después de quince días de debates, una victoria completa del gobierno, porque en la sesión del 29 de abril fue aprobado el proyecto de ley por 110 votos contra 42.

Napoleón apreció muchísimo la actitud resuelta de Cavour, y no menos la decisión con la cual el mismo ministro combatió la proposición de la izquierda de confiscar todos

(1) Chiala, tomo II, pág. 477.
(2) Chiala, tomo II, pág. 483.
(3) Jerrold, tomo IV, pág. 172.

los bienes de la Iglesia. La confianza que tenía en Cavour creció todavía más al publicar Mazzini una carta violenta y abierta al presidente del ministerio piomontés. Cabalmente en aquellos días maduró Napoleón su resolución de poner fin a sus vacilaciones en la cuestión italiana. En mayo del año 1858 recibió Cavour por mediación del doctor Conneau las primeras noticias de que el emperador creía llegado el tiempo de entenderse respecto de esta cuestión con el gobierno piomontés, y algunas semanas después llegó el mismo agente confidencial a Turin para invitar verbalmente a Cavour a una entrevista con el emperador en los baños de Plombières, en los Vosges. Para acudir a la cita emprendió Cavour aparentemente un viaje de recreo a Suiza, y desde allí, el 20 y 21 de junio, pasó secretamente a Plombières, donde en una conferencia de cuatro horas quedó establecido un acuerdo perfecto, si bien sin fijarse en un tratado. Cavour enteró a su soberano de la conferencia en una carta de cuarenta páginas, cuya carta publicó *La Perseveranza* de Milán en su número del 24 de agosto de 1858 (4), y además enteró también a su colega Lamármora, en otra carta también muy larga, del resultado de la conferencia. Según estas cartas, dió principio Napoleón a la conversación declarando que apoyaría al Piamonte con todas sus fuerzas contra el Austria, con tal que el motivo de la guerra no fuese revolucionario, sino que pudiese justificarse ante la opinión pública y diplomáticamente. Cavour propuso como causas quejas sobre la ejecución del tratado de comercio, pero Napoleón dijo que éste sería un motivo insuficiente para una guerra grande. Tampoco quiso que se tomase por motivo la ocupación militar de la Romagna por los austriacos, porque la continuación de la ocupación de Roma por las tropas francesas se oponía a ello. Examinaron entonces los interlocutores la situación de los diferentes Estados italianos y se convino en que los habitantes de Massa y Carrara impetraran el auxilio del Piamonte contra el desgobierno del duque de Módena y aun pidieran su anexión a la Cerdeña. En vista de esto, el rey dirigiera una nota amenazadora al duque, y si recibiese, conforme era de esperar, una respuesta ofensiva, ocuparía militarmente los ducados. Una guerra que estallara con este motivo sería popular en Francia, en Inglaterra y en toda la Europa. Además expuso Napoleón que en consideración a los católicos era preciso respetar al Papa, y en consideración a la Rusia al rey de Nápoles; pero en este punto pidió Cavour a favor de los habitantes de la Romagna el derecho de levantarse contra el gobierno temporal del Papa, y para los habitantes del reino de Nápoles el de sacudir el yugo borbónico, con lo cual estuvo conforme Napoleón. Como objeto principal y verdadero de la guerra designó Napoleón la expulsión completa del Austria de Italia, diciendo que no debía conservar ni una pulgada de terreno por este lado de los Alpes y del Isonzo; que la Lombardia y el Veneto, las Legaciones y las Marcas debían ser incorporadas al Piamonte; que al Papa le quedaría de todas maneras la ciudad de Roma y las inmediaciones, y el resto del Estado de la Iglesia formaría con Toscana un reino independiente en el centro de Italia. La corona de este reino se podía dar, según propuso Cavour, a la duquesa de Parma, lo cual aceptó el emperador, porque de este modo podía presentarse como protector de una princesa borbónica; y respecto de Nápoles pareció dispuesto, en el caso de que llegara a ser expulsada la dinastía reinante, a proporcionar el trono al príncipe Murat. Estos tres reinos de Italia con el Estado de la Iglesia debían formar una confederación bajo la presidencia del Papa.

(4) Se encuentra reproducida en Chiala, tomo III, pág. 1.

Al fin de la entrevista habló el emperador de la cesión de Saboya y Niza a la Francia. Respecto de la Saboya no opuso Cavour ninguna dificultad, pero tocante a Niza pidió que se tuviese en consideración que allí la lengua y las costumbres eran italianas. El emperador al oírlo se alisó el bigote y dijo que estas eran cuestiones secundarias, de las cuales se podría tratar más adelante. Repitió después que la guerra había de ser popular y que no debía dirigirse contra ningún otro enemigo fuera del Austria; dijo que contaba firmemente con la neutralidad de Inglaterra y encargó a Cavour trabajar allí la opinión pública. También contaba con la neutralidad de la Prusia, atendida la animadversión del príncipe heredero contra el Austria; y tocante a Rusia, afirmó que tenía repetidas promesas del czar respecto de la cuestión de Italia. También dijo que la guerra se debía hacer con dos grandes ejércitos, uno compuesto de 200,000 franceses, que el mismo emperador mandaría, y el otro formado de 100,000 italianos, que mandaría el rey Víctor Manuel, y que la paz debería hacerse en Viena. Después de esto entró todavía en muchos detalles relativos a la administración de los territorios ocupados, a la adquisición del material de guerra, a la manutención de los ejércitos y a la realización de un empréstito piomontés que debía hacerse en París, con lo cual dió a conocer cuán profundamente había estudiado ya estas cuestiones.

El único punto sobre el cual no acordaron nada definitivo fue el casamiento del príncipe Napoleón con la hija del rey, la princesa Clotilde. Al principio, en el año 1855, había indicado el príncipe Napoleón su deseo de casarse con la cuñada de Víctor Manuel, viuda del duque de Génova, hermano del rey; pero desde el mes de setiembre de 1857, Bixio, el amigo del príncipe, propuso para esposa de éste a la princesa Clotilde. Cavour era opuesto a este proyecto y escribió entonces a Rattazzi que la hija primogénita de la casa de Saboya solo debía casarse con un príncipe heredero; mas para el caso de que el emperador hiciera de este casamiento una condición forzosa de la alianza, se había entendido con el rey para concederlo (1). Napoleón habló de este asunto a Cavour, mientras estaba en Plombières, durante un paseo que dieron juntos en coche. Cavour dijo que Napoleón había desaprobado la petición de la mano de la duquesa de Génova; que el doctor Conneau había dicho recientemente que él ignoraba tales intenciones, y que por tanto el rey había quedado sorprendido por la comunicación de Bixio, y que si bien estaba dispuesto en cuanto a su persona a dar su consentimiento, exigiría la condición de que su hija consintiera libremente por su parte. El emperador contestó a esto que sus observaciones anteriores respecto del casamiento con la duquesa de Génova se habían referido únicamente a la inconveniencia de solicitar su mano tan pronto después de la muerte del duque; que por lo demás apreciaría mucho que se hiciese este casamiento, y si había hablado alguna vez mal de su primo, le quería no obstante mucho; que era mejor de lo que se creía; que tenía talento, buen criterio y un excelente corazón; que en cuanto a él mismo no se oponía a que se aplazasen los desposorios aunque fuera un año, pero que quería saber de cierto lo que se pensaba hacer. Cavour no se creyó autorizado para dar una respuesta definitiva, pero escribió al rey que el casamiento sería muy conveniente, aunque no se pusiera por condición de la alianza, porque siempre la robustecería; que negar la autorización haría al príncipe, que era más corso que su primo, enemigo implacable de Italia, y que no debía exponerse la alianza a un fracaso por un vetusto escrúpulo aristocrático.

(1) Así lo escribió a Lamármora; véase Chiala, pág. 497.

Estando seguro ya del consentimiento de Víctor Manuel, no se inquietó Cavour al dejar este punto indeciso en Plombières, y regresó de aquel sitio poseído de las más gratas esperanzas. Estas esperanzas se aumentaron todavía con una excursión que hizo a Baden-Baden, donde se hallaban justamente el príncipe heredero de Prusia, el rey de Wurtemberg, la gran duquesa Elena y muchos diplomáticos notables, entre ellos Baladin, que dijo a Cavour: «Puede usted contar que si ustedes tienen a un lado un cazador de Vincennes, no les faltará al otro un guardia ruso.» También recibió muy buena impresión del príncipe heredero de Prusia. Cuando después en el mes de noviembre fue destituido el ministerio Manteuffel y nombrado en su lugar el príncipe de Hohenzollern, se disgustaron Cavour y Napoleón de la fría acogida con que les recibió el ministro Schleinitz. Para conocer mejor las opiniones del gobierno de Prusia enviaron al marqués de Pépoli, pariente del príncipe de Hohenzollern, a Berlín, con el encargo de exponer allí que el Austria representaba el pasado y la Prusia el porvenir, y que ésta estaba llamada a cumplir los grandes destinos que la esperaban y que esperaba de ella la Alemania, por cuya razón debía unirse con Francia y el Piamonte. Estas proposiciones fueron rechazadas con gran cortesía; pero tanto en París como en Turin se continuó en la convicción de que la Prusia de ningún modo tomaría el partido del Austria. Poco más o menos sucedió lo mismo respecto de la Rusia. El príncipe Napoleón, a fines de setiembre, fue enviado a Varsovia, donde se hallaba el czar, para tentar si éste se inclinaba a tomar parte en la guerra contra el Austria en caso de que se le dejaran las manos libres respecto de los pueblos eslavos. La contestación fue que la Rusia permanecería neutral y que procuraría que la Alemania hiciera lo mismo. Muy fría fue la acogida que los aliados recibieron de parte de Inglaterra, cuya aproximación al Austria se hizo cada día más manifiesta. Los whigs conservaban sus intenciones benévolas hacia la Italia, pero el gobierno se hallaba en manos del partido tory, que no ocultaba sus simpatías a favor del Austria.

Cavour entretanto trabajó activamente en hacer todos los preparativos indispensables para la guerra. Además de los armamentos militares, celebró conferencias con La-Farina, el presidente de la Sociedad Nacional, con el cual concertó para la próxima primavera un levantamiento en los ducados. La noticia de que para entonces la guerra era cosa segura, fue enviada a todos los amigos de Italia con la orden de que estuviesen prontos a sublevarse al recibir las últimas instrucciones. A fines de diciembre fue también llamado Garibaldi a Turin, donde tuvo una entrevista confidencial con Cavour, quedando adherido el gran guerrillero a las ideas del ministro, y desde entonces predicó a sus partidarios la necesidad de la dictadura militar y condenó enérgicamente las conspiraciones de Mazzini, que no se cansaba de sembrar la desconfianza contra la aptitud y las intenciones de Víctor Manuel. Para Cavour tenían estas relaciones revolucionarias doble valor, porque si Napoleón permanecía fiel a su propósito los levantamientos proyectados servirían para robustecer la posición del Piamonte al lado de su poderosísimo aliado, y si Napoleón volviera a vacilar se podrían aprovechar los mismos levantamientos como espantajos, y en caso extremo hasta podrían efectuarse con alguna esperanza de buen éxito.

Desde la conferencia de Plombières no hubo ya ninguna vacilación en el comportamiento del emperador Napoleón. En noviembre trató con Salvagnoli de Toscana respecto del proyecto de formar de la Italia central un reino para su primo; y en aquel mismo tiempo declaró a lord Clarendon que su política de Oriente había tenido un doble objeto, la Ita-